

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA,

consagrado á la

VÍRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm. 593

Alicante 15 de Abril de 1882

Año XIII.

CARTA PASTORAL.

Nós el Dr. D. Victoriano Guisasola y Rodríguez, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Obispo de Dora, Prior de las cuatro Ordenes Militares de Santiago, Alcántara, Calatrava y Montesa, del hábito de Santiago, etc, etc.

Al clero y pueblo de este nuestro Priorato.

Hermanos é hijos nuestros muy queridos en nuestro Señor Jesucristo: con el corazón inundado de gozo, os participamos un suceso, que en vuestra condicion de verdaderos católicos habrá de seros de gran consuelo. Vosotros, que no podiais menos de lamentar con Nós la escasez cada dia creciente de Sacerdotes, y la imposibilidad, en que Nos hallamos constituido, de cubrir las bajas naturales que la muerte ocasiona diariamente en las filas de la sagra-

da milicia; que muchas veces habeis acudido á Nós para que proveyésemos á vuestras necesidades espirituales, y Nos habeis visto cruzarnos de brazos, sin ocurrirsenos partido que tomar ante esos clamores que Nos llegaban al alma, no podreis menos de regocijaros santamente, al saber que el dia veinte del corriente mes, con grande aparato de solemnidad, con asistencia de las Autoridades y gran número de personas notables y en medio de una inmensa concurrencia hemos bendecido el terreno y colocado con nuestras manos la primera piedra para la construccion del Seminario Conciliar de este Priorato. Ingénuamente os confesamos que esta ha sido la satisfaccion más pura, que al cabo de cinco años, que contamos al frente de su régimen, hemos podido probar; pues si bien, á pesar de tal suceso, no han de verse remediadas de pronto las apremiantes necesidades que de-

jamos reseñadas, y estas han de angustiar por muchos años el ánimo del Prelado, algo es ver en esa obra, que con la ayuda de Dios ha de ser llevada á feliz término, un porvenir más lisonjero para este territorio eclesiástico y para la nueva institución, que, absolutamente desprovisto de medios, por fortuna ó desgracia Nos ha tocado plantear y organizar.

Porvenir lisonjero, amados hijos nuestros; porque entonces no se verán precisados nuestros jóvenes á hacer sus estudios, y darles la conveniente amplitud, en los Seminarios de otras Diócesis, donde después de terminados se procuran colocacion, dejando á ésta defraudada de las esperanzas que en ellos había podido cifrar. Lo más florido de la juventud manchega obtiene cargos más ó menos importantes en Toledo, en la Corte, y en otras grandes poblaciones, sin que al Prelado de Ciudad-Real, á pesar de la gran penuria en que se encuentra de obreros evangélicos, y de ver que la mies se pierde por no haber quien la recoja, le sea cosa fácil, y aún diremos ni posible recabar pacíficamente de ellos, ni de los Prelados que los tienen á su servicio, que se restituyan al país natal para ejercer en él, como fuera justo, las funciones del santo ministerio. Es lisonjero lo porvenir á vista de esa obra que hemos iniciado, porque muchos, que por

falta de recursos no pueden hacer la carrera eclesiástica á que se sienten llamados, habrán de tener acogida en el Seminario diocesano gratuitamente ó mediante una módica pensión relacionada con la modestia de su posicion y fortuna; y sobre todo, (y esta es la principal esperanza de un fausto porvenir para este Territorio Prioral,) porque allí no sólo recibirán los aspirantes al Sacerdocio la correspondiente instruccion científica, sino tambien educacion eclesiástica, inspirándoles, sin las que la ciencia es vanidad y la predicacion estéril.

Tal ha sido el objeto principal, que en todo tiempo se propuso la Iglesia al desplegar, como siempre desplegó el mayor celo y solicitud en la creacion de esos Establecimientos, donde á los jóvenes, separados de la casa paterna y de los embelesos de la vanidad, *ablactatos á lacte, avulsos ab uberibus*, que es, como dice Isaías, lo que predispone á recibir la celestial sabiduría, se les inspirase ésta, que no tanto consiste en altas especulaciones, cuanto en un tenor de vida relacionado con ellas; en lo que puede llamarse ciencia sacerdotal, intimamente ligada con la humildad y las demás virtudes evangélicas. Sabe muy bien la Iglesia que sólo por este medio es como en su día, mirando los jóvenes levitas al Sacerdocio, no como una carrera, sino como un ministe-

rio de amor y sacrificio, se aprestarán, á merced de sus Prelados, á iluminar y santificar al mundo, bien así como las estrellas, que al decir de Baruch, despiden sus fulgores cada una en su lugar; Dios las ha llamado, y ellas responden, aquí estamos; y tienen gran complacencia en lucir para prestar homenaje á su Criador. Este objeto tuvieron los llamados Episcopios ó escuelas episcopales, de donde salieron para bien de la Iglesia tantos Prelados y Doctores, que en las épocas más calamitosas de la historia, cuando la Esposa del Divino Cordero se veía dilacerada por el cisma y la heregía, ó vejada, oprimida y desfigurada por la ignorancia y la barbarie, la ilustraron con sus luces y edificaron con sus ejemplos.

Cábele la gloria de haber sido, sino el iniciador, por lo menos el que dió mayor impulso á estos verdaderos focos de ciencia, de santidad y de civilización, al grande Obispo de Hipona, que en su propia Casa episcopal instituyó, no un monasterio, sino un colegio de clérigos, negándose á promover á las órdenes sagradas á los que en él no se instruyesen y educasen. Y á tal punto llevaba en esto su severidad, que en su *Sermon 356, párrafo 3.º* profiere la siguiente invectiva contra el clérigo que no quisiere sujetarse á aquel tenor de vida: *Delebo eum de tabula clericorum. In-*

terpellel contra me mille concilia; naviget contra me quo voluerit...; adjuvabit me Deus, ut ubi ego Episcopus sum, ille clericus esse non possit. Ejemplo que imitaron Possidio, Novato, Benenato y otros Obispos de Africa, y que trascendió luego á nuestra España, dando lugar á aquellas gloriosas escuelas, en donde se formaron los Isidoros, Bráulios, Ildefonsos y demás esclarecidos varones de los mejores tiempos de nuestra edad media, las cuales delineadas en los Cánones de nuestros Concilios 2.º y 4.º de Toledo, adquirieron celebridad y fueron la base de ulteriores reglamentos y disposiciones para la instrucción y educación del clero. «De esas modestas escuelas del Crucificado, dice un Prelado insigne, salieron los varones fuertes que, rodeando el lecho de Salomon, le conservaron intacto, inmaculado, á pesar de los que tanto empeño tenían en mancharlo. Allí se bruñeron los escudos, que adornando la misteriosa torre de David, rechazaron los dardos y la hicieron impenetrable á los furros de sus enemigos. Los muros de Jerusalem por sus esfuerzos se mantuvieron firmes y destruyeron las máquinas de los que la combatían; al paso que al sonido de esas sagradas trompetas caían por tierra los de la profana Jericó, y desaparecía el imperio del error, que en ella tenía su asiento.»

Pero esos hermosos baluartes del saber y la civilización cristiana, menoscabados á su vez y falseados en aquellos funestos siglos que la historia apellida de hierro, viéronse abandonados y desiertos, hundiendo por fin, y quedando sepultadas bajo sus escombros la ciencia y la virtud, que allí se guarecían como en seguro asilo.

Entonces fué cuando, condensándose las tinieblas de la ignorancia, y rompiendo las malas pasiones todo valladar, desbordáronse la incontinencia y la simonía en el clero, la soberbia y la arbitrariedad tiránica en la clase noble, la insolencia y el desenfreno en el bajo pueblo; y á tal punto llegaron los excesos de la ambición y la avaricia, y los desmanes sacrílegos y las sacrílegas usurpaciones, y de tal modo se tornaban en daño los medios mismos empleados para contenerlas, que hasta pareciera que Dios enojado se complacia en humillar y oscurecer á la hija de Sion.

Varones eminentes en ciencia y santidad, que no faltaron, y que por milagro se preserváran de la contaminación, trabajaron infatigables con santa fortaleza para atajar el mal; pero tales proporciones habia este adquirido, que parecía inevitable el que la sociedad cristiana se hundiese para siempre en el tenebroso abismo del embrutecimiento y la barbárie. Solo Aquel que impe-

ra á los vientos y prescribe fijo límite al impetuoso oleaje del Océano, podia contener ese desbordamiento general y le contuvo.

Prepararon el terreno para esta obra de regeneración, que debía ser lenta y trabajosa, las Ordenes mendicantes providencialmente substituidas en medio de aquel caos para irlo esclareciendo con su saber, predicación y ejemplos. Una pléyade gloriosa de santos y de sabios, entre los cuales descollaba el Angélico Doctor Sto. Tomás de Aquino, apareció entonces, llamando la atención general por su profunda y luminosa doctrina, erigiéronse universidades, y se iba despertando, particularmente en el clero, la afición á los buenos estudios, mientras por otra parte invocábase por doquiera la necesidad de una reforma. Pero ese clero llamado en primer término á iniciarla y dirigirla, si bien daba algun paso en cuanto á la cultura de la inteligencia, faltándole los antiguos colegios clericales para que allí se formase en la ciencia de los santos á la sombra del tabernáculo, estaba lejos de progresar en cuanto al espíritu eclesiástico y á las virtudes propias de su estado, que habrían de darle prestigio. Vióse confirmada una vez más en el clero de aquella época la sentencia de nuestro inmortal San Isidoro: *Vita sine doctrina arrogantem facit*; y los hábitos del Renaci-

miento pagano vinieron á malear é inficionar esa ciencia, á pesar de la voz de alarma del Concilio V de Letran que declaraba que la nueva literatura y filosofía que se quería entronizar, estaban inficionadas hasta en su raíz: *radices philosophiæ et poeseos esse infectas*.

Y de ese virus ponzoñoso surgió el Protestantismo proclamando la soberanía é independencia absoluta de la razon; y surgió la mal llamada Reforma, que mientras enarbolaba en su bandera este lema sagrado, falseando el verdadero deseo de los hombres de buena voluntad, concitaba á la rebelion contra la Santa Iglesia, ofreciendo cebo con los bienes de esta á la codicia de los potentados y soltando la rienda á las pasiones del pueblo; y surgieron, en fin, para la Iglesia y para la Sociedad males horrendos y calamidades sin cuento, cuyas consecuencias aún experimentamos, y cuyos tristes efectos todavía sentimos.

Pero la Iglesia, que tiene á su favor la divina promesa de indefectibilidad, opuso á la falsa reforma la reforma verdadera, congregando el celebérrimo Concilio de Trento, en el cual se condenaron todos los errores de los corifeos del Protestantismo, y se formaron cánones de disciplina los más apropósito para restaurarla y ver de restablecerla en su primitiva pureza. Sus capítulos *de Reformatione* debieran andar im-

presos en letras de oro; pero entre todos ellos se distingue el décimo octavo de la sesion vigésimatercera, relativo á la restauracion de los Seminarios clericales, el cual fué considerado de tal importancia por aquellos Padres, que con solo él, aunque nada más hubiesen hecho en la gloriosa asamblea, daban por bien empleadas cuantas molestias y fatigas habian soportado por concurrir á ella y en su celebracion.

Los Obispos de todo el orbe católico comprendieron desde luego que en la buena organizacion de los Seminarios de acuerdo con las sapientísimas disposiciones del Santo Concilio estaba librada la radical y verdadera reforma de su clero, y que solo inspirándole en aquellos sagrados recintos el verdadero espíritu sacerdotal, era como podían las disposiciones conciliares ser para él algo más que una letra muerta. Aplicáronse, pues, á establecer Seminarios en sus respectivas Diócesis, aún en aquellas en que había universidades, dándoles sobre las bases del Santo Concilio acertados estatutos llenos de prudencia y de sabiduría, y encomendando su régimen á eclesiásticos eminentes en santidad y letras; dado que es una gran verdad, en el orden moral más que en el físico, el dicho de Aristóteles: *gignuntur læsi ex læsis, claudis ex claudis*, no menos que la conocida máxima del poeta latino: *fortes*

creantur fortibus et bonis. Pronto se notaron con efecto los saludables resultados de estos Establecimientos clericales, y en todas partes se echó de ver que segun, con relacion á la nacion vecina, se complacia en afirmar S. Vicente de Paul, aquellos santos institutos «contribuyeron infinito al bien de todo el clero, el cual, con la ayuda de Dios, comenzaba á recobrar su lustre, que parecia haberse ofuscado en los siglos precedentes.»

Por eso el Concordato celebrado con la Santa Sede en 1851 para ver de remediar los males ocasionados á la Iglesia en España en periodos desastrosos de luchas y revoluciones, dispuso en su artículo 28, que hubiese en cada Diócesis un Seminario Conciliar para la instruccion y educacion del Clero; y los Prelados que carecian de ellos, tomaron con empeño el erigirlos; y los que los tenian se aplicaron á mejorarlos y perfeccionarlos, arbitrando recursos para acoger á los hijos de la clase pobre, entre los cuales, por la mala condicion de los tiempos, vése hoy casi precisada la Iglesia á reclutar su milicia; y recelosos de las vocaciones, que no han sido probadas bajo la disciplina clerical y la inmediata y continua vigilancia de los respectivos superiores. niéganse por lo comun á promover á los órdenes sagrados á aquellos jóvenes que, por buenos que parezcan y aprovecha-

dos que sean en la ciencia, no hubiesen llenado el requisito de morar siquiera por dos años en tales Establecimientos.

Sin esto, en la época que lastimosamente atravesamos, de soberbia, de altanería, de extravío intelectual y moral, de vicio y de disipacion, hoy que la Iglesia apenas dispone de otros medios para contener al clero en el círculo de sus sagrados deberes que el de la fuerza moral, tan impotente ya y desprestigiada, los Prelados no pueden menos de temblar ante la inmensa responsabilidad que contraen al imponer sus manos para la ordenacion á los aspirantes al sacerdocio, recelando contravenir á aquel mandato del Apóstol: *No impongas de ligero tus manos sobre alguno.* ¡Cuánto ha padecido nuestro espíritu, colocados en la fatal alternativa de quedarnos sin clero, ó de proceder á la ordenacion de jóvenes no bien probados! Y qué de inquietudes Nos han asaltado y asaltan, si echamos de ver que los así ordenados no corresponden á lo que de ellos esperábamos y Nos habian prometido!

No podia desconocer ni dejar desatendida esta necesidad el gran Pontífice Pio IX de feliz recordacion, al haber de publicar su Bula *Ad Apostolicam* para la ereccion de este Priorato de las órdenes Militares. Así que en los párrafos de la misma XIV y XVII dispone terminante que

«sea erigido *cuanto antes* un Seminario, el cual se instituya y administre según la norma y decretos del Santo Concilio de Trento, debiendo dotarle el Gobierno como á los demás de España, y proveer de edificio para el mismo.»

Bajo esta condicion, expresamente consignada en una carta que dirigimos al Emmo. Cardenal Simeoni, Pro-nuncio entonces de Su Santidad en estos Reinos, Nos resolvimos á aceptar el difícil cometido de plantear y organizar en esta capital y provincia la nueva institucion; y en esa confianza emprendimos nuestro viaje, alentada y robustecida por la seguridad, que se Nos había dado, de poder contar aquí con cierto edificio en que, mediante algunos dispendios no muy cuantiosos, que el Gobierno había de sufragar, tendríamos en breve plazo lo que tanto anhelábamos, y sin lo cual Nos faltaría el necesario aliento para acometer la empresa, que se Nos confiaba.

Pero sin que hagamos inculpaciones á nadie, ni entremos á examinar las causas que lo produjeron, cúmplenos consignar el hecho de que, al cabo de cinco años, hallámonos abandonados á nuestros propios recursos, sin que sea dado descubrir un vislumbre de esperanza próxima y fundada en punto á la realizacion de nuestro ardiente anhelo y legitima esperanza. Colocándola, pues, en sólo Dios, resolvimos levantar

por nuestra cuenta un edificio de planta para el indicado objeto en el espacioso terreno, que adquirimos, inmediato á la puerta de Alárcos, y titulado *Huerto del Moral*; destinando para su edificacion los ahorros, no despreciables, que, por no haber alumnos internos, hemos venido haciendo de la dotacion que figura en el presupuesto diocesano para Seminario, y algunos otros recursos de diferentes procedencias que hemos podido allegar. Con tales fondos se adelantará la obra hasta donde sea posible, esperando que el Señor, en cuyo nombre ha sido iniciada, y á cuya Gloria se consagra, no dejará de facilitar los medios necesarios para darle cima.

Quizá llegue un día, A. H. N., en que para lograrlo, sea necesario hacer un llamamiento á vuestra generosidad cristiana, y que todos contribuyais con vuestro óbolo. Pero ¿qué obra de caridad pudiérais hacer más acepta á Dios y más reproductiva en bienes de todo género? En la vecina Francia existe sabiamente establecida la titulada *Obra de los Seminarios* para proporcionarles recursos, á más de los que el Estado suministra; y amén de esto, hácese de tiempo en tiempo en las parroquias cuestaciones con igual objeto. Así es como se sostienen con esplendor y producen abundante clero, en su generalidad instruido y dotado de buen espíritu.

Ya, pues, que esto no se haga, creemos muy oportuno recomendaros, como cosa en gran manera laudable y provechosa para vuestras almas, que al formalizar vuestros testamentos y últimas voluntades, no os olvidéis de consignar alguna manda piadosa para coadyuvar á la ereccion y organizacion del Seminario, el cual, aun construido el edificio, exigirá gastos de consideracion hasta proveerle del menaje necesario, gabinete de física, biblioteca, etcétera; y si alguna vez el Señor moviese vuestro corazon á practicar en vida alguna obra señalada de generosa piedad en descargo de vuestras conciencias y en bien de vuestras almas, cúmplenos asegurarnos que difícilmente pudiera ocurrirseos otra más loable y más trascendental en felices resultados, que la de destinar un donativo á la indicada santa institucion, en la que vemos cifrado el porvenir más lisonjero para esta capital y provincia.

Bendiciendo, pues, una vez más con toda la efusion de nuestra alma esa grande obra, que nos cabe la satisfaccion de haber concebido é iniciado, por más que no haya de cabernos la de verla concluida, os bendecimos tambien á vosotros, A. H. N., invocando sobre vuestras personas, haciendas y negocios la mayor prosperidad en el nombre del Padre †, y del Hijo †, y del Espíritu Santo †, Amen.

Dada en Ciudad-Real á 27 de Marzo de 1882. — VICTORIANO, Obispo de Dora, Prior de las Ordenes militares. — Por mandato de Su Señoría Ilma. y Rma. el Obispo-Prior, mi Señor, D. R. Casimiro Piñera, Canónigo Secretario.

LA MORAL DE LA CONCIENCIA.

Como en la mayor parte de los ataques contra la doctrina católica, sucede al estudiar los que se hacen al dogma de la eternidad de los premios y de los castigos de la otra vida, que proceden muchos de ellos de desconocer, ó no conocer bien, lo que la Iglesia enseña. El Concilio de Trento expuso bien claramente el proceso de la justificacion del pecador, basada en la fé, en el terror que útilmente conmueve el ánimo del pecador en la esperanza que le infunde la divina misericordia, y en el amor á Dios y á la virtud que luego se despierta, con auxilio siempre de la divina gracia. Es, pues, el temor un principio útil para preservar del mal y comenzar la conversion al bien, conversion que exige y supone el aborrecimiento del pecado. Con esto queda descartada la objecion, vulgar entre los filósofos de cierta escuela, de que el temor es un motivo inmoral y meramente egoista, que no hace amar el bien y aborre-

cer el mal, sino que coexiste con la afición al pecado. No es éste el temor que justifica, y al que los teólogos — que suelen penetrar en su análisis algo más que los filósofos aludidos — suelen llamar temor *servilmente servil*, que evita la comisión real del pecado, pero no la voluntad y el efecto al mismo. Y aun esto no sería poco; pero en fin no es todo, ni lo principal.

Pero la objeción más común es la que se funda en el *sentimiento*, no en la razón, que nada grave tiene que oponer á un castigo eterno en duración, impuesto á una culpa infinita en gravedad, ó que lleva consigo cierta infinidad, dicen los teólogos, como ofensa que es á la magestad de Dios y á su justicia, que son infinitas, á no ser que se forme de Dios un concepto antropomórfico, como efectivamente le forman los que oponen objeciones de mero sentimiento.

Y quieren que, á motivos tan graves y eficaces para contener al hombre en el deber, se sustituya sólo la conciencia moral, testigo y juez incorruptible de nuestras acciones. Hay en esto mucho que decir y conceptos que aclarar. De la conciencia como testigo, nada diremos; no es más ni menos que el conocimiento del hecho interior, pero sin calificarle.

De la conciencia, como *juez*, debe decirse que necesita conocer las le-

yes y no dejarse corromper. Que esto último sucede con frecuencia, no es necesario probarlo; lo prueba demasiado la triste experiencia. El avezado al vicio le ve ya con una frescura é indiferencia que están muy lejos de la impresión que le producían los primeros pasos dados en el mal camino. Si á esto se agrega un gran interés, todo el mundo sabe con qué facilidad se buscan y encuentran razones más ó menos especiosas para acallar el importuno grito interior del que debía ser juez incorruptible, pero que por el hábito se ha hecho indiferente, ó por el interés sordo.

Pero lo que es del todo evidente es que la conciencia da sus fallos con arreglo á las doctrinas que el entendimiento acoge. Por eso se ve y se explica perfectamente la diversidad, y aun oposición, entre los fallos de la conciencia de distintos hombres, según la diferencia de las doctrinas que profesan y el mayor ó menor grado de cultura. No hablemos de los salvajes, que con la mayor tranquilidad interior se comen á los hombres que logran cazar, y sienten una especie de tristeza interior, muy parecida á lo que llamamos remordimientos, si por falta suya se les escapa alguna presa.

Hablemos de los civilizados y europeos, á pesar de que los principios morales de la civilización cris-

tiana, han constituido una especie de sentido común de moralidad, que con injusticia notoria atribuyen muchos filósofos á la fuerza misma interior de la conciencia humana. Es verdad que la inteligencia descubre y distingue fácilmente los principios mas universales de la moral, como el de que «se debe obrar el bien y evitar el mal,» y muchas de sus aplicaciones inmediatas; pero en muchos otros, en la determinación de las cosas que son buenas ó malas discrepan las conciencias segun discrepan las doctrinas.

¿Quién es capaz de sostener que los petroleros de París y sus amigos de acá no creen justo y bueno lo que para nosotros es abominable? ¿Quién puede defender que la moral de los internacionalistas no es para ellos una moral buena y justa y altamente inmoral la de los burgueses? ¿Quién acusará con razon á los partidarios y partidarias del amor libre de que no sienten en su interior lo que exteriormente predicán? Seguramente no lo hará asi quien esté acostumbrado á las luchas y discusiones de las diversas y contrarias escuelas, pues habrá notado la entera convicción con que se expresan sus adeptos. No digo que esta convicción sea ó no sea inculpable. Quizá lo es en algunos, pero no en la generalidad, por haber seguido voluntariamente los caminos que los han conducido al error. Mas

es un hecho que al cabo llega un tiempo en que el error es para ellos una verdad inconcusa; y claro es que su conciencia les ha de dictar fallos arreglados á sus firmes convicciones.

Es absolutamente indispensable que toda moral, y por consiguiente toda conciencia, se apoyen en una doctrina religiosa ó filosófica. Y si el pueblo no está para filosofías, ni ha de estarlo nunca en este sentido, es de toda evidencia quien le quita la religion, le quita todo freno y toda conciencia moral. Para que hubiera una moral universal ó independiente, como ahora se dice, era preciso que naciera *espontánea y uniforme* de la conciencia; y esto, como acabamos de verlo, no puede ser.

No ya en las delicadezas de la moral, sino en sus preceptos mas importantes, como en los relativos á la Religion, á la familia y á la propiedad, se ve en Europa la discordancia más completa entre filósofos y publicistas; es decir, entre personas cultas y dedicadas á los estudios. ¿Qué sucederá el dia en que la Religion deje de ser una fuerza en el pueblo, cuando las masas no tengan un dogma creído como divino, cuando se dirijan por mera imitación ó por la autoridad puramente humana de este ó el otro orador ó periodista? ¿No se agolparán en pos del que más halague á sus instintos, ya que es imposible que discernan en

pura razón? No es evidente que la incredulidad total y el materialismo más grosero serán el principio de conducta ante este formidable sufragio universal? Y tras esto, ¿no es inevitable la barbarie?

Pues esa es la obra de los pseudo-sabios y pseudo-civilizados, que constantemente están tirando chinitas ó dirigiendo tiros mortales contra la Religión del pueblo, sus dogmas y ministros. A nosotros, como cristianos, nos duele principalmente la perdición de las almas redimidas por Cristo; pero, como ciudadanos, como políticos, como verdaderos amigos del pueblo, mil veces más que nuestros adversarios, nos parece bien ofrecer á la consideración de toda persona recta y bien intencionada esta verdad ya trivial: Sin la Religión con todos sus dogmas, incluso el terrible, vendrán infaliblemente la disolución social y la barbarie, á pesar de los miserables sofismas de los que viven á expensas de engañar al pueblo, prometiendo ilustrarle y arrancar de él lo que Haman en su ignorante jerga la *superstición*.

(La Unión.)

A LA RESURRECCION DEL SEÑOR.

Cancelada queda.
Y el reino tirano

Poesía inédita del Padre Fernandez

Rojas, (el célebre Liseno), O
agustino.

Hoy las sombras tenebrosas
De la muerte se destierran
Al resplandor que despide
Del Padre la luz eterna.

Mirad cuán alegre,
Mirad cuán brillante
De un triste sepulcro
El mismo sol nace.

Venid, pecadores,
Venid á gozarle,
Que hielos de culpas
Sus rayos deshacen.

Si ciegos os tienen
Vicios y maldades,
A esta luz vereis
Vuestras ceguedades!

Mirad, etc.

Ya, amado Jesús,
Pasó la sangrienta
Crueldad que á una muerte
De Cruz os condena.

Ya azotes que hieren,
Salivas que afrentan,
Espinas que punzan,
Maderos que pesan,

Clavos que traspasan,
Cordeles que aprietan,
Tormentos y oprobios
En triunfos se truecan.

La antigua escritura
Que Adan nos hiciera

De vil cautiverio,
Cancelada queda.

Y el reino tirano
De sombras espesas
Do tristes yacían
Padres y Profetas,
Forzando Vos mismo
Cerrojos y puertas
De las justas almas
Vacío le dejás.

Renace glorioso,
Tremola banderas,
Confunde el infierno,
Los cielos alegría.

Gima la judáica
Canalla perversa
Debajo del peso
De su vil ceguera;
Vague por el orbe

Confusa y dispersa,
Ni encuentre ventura,
Ni encontrarla pueda.

Vos, dulce Jesús,
Prez y gloria nuestra,
Pastor amoroso
De toda la Iglesia;

Triunfante y glorioso
Cual hoy te nos muestras,
Reinad en las almas,
En cielos y tierra.

Todo lo criado
Os ame y os tema,
Y vos dad á todos
Las dichas eternas.

(Revista Agustiniána.)

LA VERDADERA SABIDURÍA.

El Señor es quien da la sabiduría, y de su boca sale la discrecion y la ciencia. El guarda la vida de los buenos, y es el escudo de los que caminan en la inocencia, el que defiende las sendas de los justos, y dirige los pasos de los Santos.

No se aparte de tí la misericordia y la verdad; ponlas como collar en tu garganta, y estámpalas en las telas de tu corazon, y hallarás gracia y buena opinion delante de Dios y de los hombres.

No impidas el bien al que pueda hacerlo: hazlo tu tambien, si puedes.

No digas á tu amigo, anda y vuelve, mañana te daré lo que pides, pudiendo dárselo luego.

La gloria será la herencia de los sabios; pero á los nécios se les convertirá su exaltacion en ignominia.

Los impíos no duermen si antes no han hecho algun mal; y si primero no han causado la ruina de alguno, no pueden conciliar el sueño. Como de pan se alimentan de la impiedad, y beben como vino la injusticia.

La senda de los justos es como una luz brillante, que va en aumento y crece hasta el medio dia; al contrario, el camino de los impíos está lleno de tinieblas: no advierten el precipicio en que van á caer.

Guarda tu corazón con toda vigilancia, porque de él mana la vida.

Arroja de tu lengua la malignidad, y lejos esté de tus labios la detracción.

El impío será presa de sus mismas iniquidades y quedará enredado en los lazos de su pecado.

Anda ¡oh perezoso! vé á la hormiga y considera su obrar, y aprende á ser sabio. Ella, sin tener guía, ni maestro, ni caudillo, se provee de alimento durante el verano, y recoge su comida al tiempo de la siega.

¿Hasta cuándo has de dormir? ¡oh perezoso! ¿Cuándo despertarás de tu sueño? Tú dormirás un poquito, otro poquito dormirás, otro cruzarás tus manos para dormir; y hé aquí que vendrá sobre ti la indigencia como un salteador de camino, y la pobreza como un hombre armado. Al contrario, si fueres diligente tus cosechas serán como un manantial perenne, y huirá lejos de ti la miseria.

Antepone el oro la ciencia, puesto que vale más la sabiduría que todas las joyas preciosísimas, y nada de cuanto puede apetecerse es comparable con ella.

El que instituye al mofador ó impío se acarrea ignominia, y el que corrige al desalmado se adquiere infamia.

No quieras redargüir al mofador, para que no te aborrezca. Corrige al sabio, y te amará.

El principio de la sabiduría es el temor del Señor; y la ciencia de los Santos es la verdadera prudencia.

El hijo sabio es la alegría del padre, así como el necio es la aflicción de la madre.

Nada aprovecharán los tesoros mal habidos; pero la justicia en todas las naciones librarás de la muerte.

(Del sagrado libro de los Proverbios.)

CRONICA EXTRANJERA.

Roma 9 de Abril de 1882.

El aspecto de Roma está ya lejos de parecerse á cualquiera otra ciudad de España en los días de Semana Santa. Los carruajes circulan como siempre ó acaso en mayor número; los comercios continúan abiertos, y las tiendas de ultramarinos aparecen adornadas con colosales hileras de salchichones y jamones, dispuestos artísticamente entre ramos de laurel y aun entre flores. Ni los monumentos se parecen tampoco á los de España en la suntuosidad y la riqueza, aunque los sepulcros, como dicen los italianos, no dejan de hallarse en muchas iglesias decorados con buen gusto y sencillez, como, por ejemplo, se hallaban este año los de San Marcelo, San Andrés *della Valle*, San Agustín, la Minerva, Santa Inés, etc.

Por otra parte, la presencia de los

revolucionarios en la Ciudad Eterna impide la celebracion de muchas ceremonias solemnes que atraian á Roma gran número de extranjeros, y en especial de la maravillosa benediction *urbi et orbi* del Domingo de Páscoa. Pero el verdadero pueblo de Roma continúa dando pruebas de fé acendrada; y tambien este año ha concurrido en gran número á visitar los monumentos y á todas las funciones de Semana Santa en las diversas iglesias.

El Lunes Santo el Soberano Pontífice, precedido de la cruz y de su corte noble, se dirigió á la capilla Sixtina, celebró el santo sacrificio de la Misa y distribuyó la Comunión á los personajes laicos de su corte.

El Martes, acompañado del Sacro Colegio de Cardenales y de los Prelados y personajes de su corte, oyó el sermón pronunciado en la sala del Trono por el reverendo Padre Francisco de Loretto, predicador apostólico.

El Jueves Santo asistieron á la Misa celebrada por el Padre Santo los personajes eclesiásticos de su corte, y recibieron de sus manos la sagrada Comunión.

Hoy, muchas familias extranjeras han tenido la honra de oír la Misa celebrada por el Soberano Pontífice en su capilla privada y de recibir de sus manos la Comunión.

Mañana celebrará el santo sacrificio de la Misa Su Santidad en la sala del Consistorio, y asistirán á ella muchas familias romanas y extranjeras.

Además, cuantiosas limosnas han sido distribuidas estos dias á los pobres de Roma de orden del Papa.

Entre las funciones de Semana Santa, algunas merecen ser especialmente mencionadas.

El Jueves Santo fueron expuestas en San Juan de Letran las cabezas de San Pedro y San Pablo, y la mesa en que nuestro Señor Jesucristo cenó con sus discípulos. En San Pedro, al Ave María fué lavado el altar Papal, y los cantores de la capilla Julia, cantaron el *Miserere* de Zingarelli. El Jueves y el Viernes, despues de las doce de la mañana, su eminencia el Cardenal Penitenciario mayor oyó en confesion en la basilica de San Pedro á muchos fieles.

Su eminencia el Cardenal Vicario celebró el Viernes, con la solemnidad acostumbrada, la Misa de los *presantificados* en Santa Cruz de Jerusalem. Despues fueron mostradas á los fieles las insignias religiosas de la Pasion de nuestro Señor Jesucristo que encierra dicha basilica.

La concurrencia á la *Scala Santa* fué tan grande el Viernes, que era imposible aproximarse á dicha *Scala*; de suerte que muchos fieles te-

nian que contentarse con subir las dos escaleras laterales.

El Sábado Santo, el Cardenal Vicario administró solemnemente el bautismo en el bautisterio de Constantino á cinco judíos convertidos, uno de Módena, los otros cuatro de Roma, los cuales forman una familia compuesta del padre, la madre y dos hijos.

Este bautisterio, indudablemente construido por Constantino en el palacio de los Lateranos, del que se ven todavía restos, es sin duda uno de los monumentos mas notables de la Roma cristiana, pero mas notable es todavía la prodigiosa fecundidad de que en él da muestra todos los años la Iglesia católica.

La Junta general permanente de los Congresos católicos en Italia, acaba de abrir una suscripción á 25 céntimos para restaurar la cripta de San Lorenzo, en la que reposan las cenizas de Pio IX y constituir un fondo para doce Misas anuales perpétuas, que se celebrarán el 7 de cada mes por el alma de Pio IX y por todos los suscritores y personas recomendadas.

El que envíe una ofrenda debe escribir los nombres ó las iniciales de los difuntos que desea hacer participar de los sufragios mensuales.

El Episcopado italiano ha aprobado el pensamiento de la Junta mencionada.

Las escuelas católicas en Francia.

Lo mismo unos católicos que otros, si es lícito hablar así al tratar de hombres que profesan unánimemente en todo lo sustancial la doctrina católica, están acordes en Francia en que es de primera necesidad hacer en la vecina república, lo que con tanto éxito han logrado llevar á cabo nuestros hermanos de Bélgica y de Alemania.

Bajo este punto de vista es digna de los mayores aplausos la conducta de *Le Monde*, de París al escribir las siguientes líneas: «Si es posible discutir acerca del mejor medio de combatir la ley que pretende establecer en Francia el ateismo obligatorio, existe un medio que, á buen seguro, no levantará contradicción alguna: consiste en hacer lo más pronto posible todos los sacrificios necesarios para aumentar el número de las escuelas cristianas libres.

»Este pensamiento surge de todas partes, y lo recomendamos á la solicitud de nuestros Hectores. La lucha que emprendemos contra el ateismo oficial será tanto más eficaz, cuanto estemos en disposición de poner á la orden de las familias mayor número de escuelas donde la educación y la instrucción sean dadas conforme á los deberes de la conciencia cristiana y á las tradiciones de la Francia católica.

»Recibiremos las ofrendas que nos

sean dirigidas é este efecto, es decir, para la fundacion de nuevas escuelas y sostenimiento de las que ya existen, y las trasmitiremos á la Sociedad general de educacion y de enseñanza.»—

Le Monde encabeza la suscripcion con quinientos francos.

En efecto, por este medio, como hemos indicado, han logrado los católicos belgas que en Bélgica se cuentan por cientos el número de escuelas oficiales de instruccion primaria, cuyos maestros no cuentan con un solo alumno; por este medio han logrado no menos excelentes resultados los católicos de Alemania; por este medio con abnegacion, con fe y confianza, lograrán los católicos franceses más de lo que hubieran logrado si hubiesen obtenido que la comision ó el gobierno hubiesen admitido alguna ó algunas de sus enmiendas en los Cuerpos colegisladores.

Esta es tambien la opinion de los periódicos católicos de Roma, y se comprende que lo sea.

Una obra de enseñanza.

El Episcopado húngaro ha decidido crear una escuela normal para los jóvenes católicos que desean dedicarse á la segunda enseñanza.

Al frente de la suscripcion abierta con este objeto figura el nombre del Cardenal Haynold, que ha dado 250,000 pesetas, y luego el del Obispo de Szathmar, que ha dado 50.000.

Los otros Obispos contribuyen tambien, en la medida de sus fuerzas, á sufragar los gastos de la fundacion del nuevo establecimiento de enseñanza.

CULTOS RELIGIOSOS.

Hoy sábado en la Colegial, á las ocho, misa de la Virgen.

En Santa María, á las nueve, misa de renovacion.

En las Agustinas, á las cuatro, ejercicios de felicitacion Sabatina.

Domingo.—En la Colegial á las nueve y cuarto, misa conventual.

En Santa María á las nueve, misa conventual.

En Nuestra Señora de Gracia, á las ocho, misa, en la que recibirán los niños la primera comunión; pronunciando un discurso preparatorio Eucarístico D. Tomás Domenech, Vicario de la misma Iglesia.

En las Capuchinas, la funcion mensual de las Hijas de María Inmaculada y Teresa de Jesús. Por la mañana á las siete y media misa y comunión general, y por la tarde á las cuatro y media los ejercicios de costumbre con esposicion y bendicion del Santísimo.

Lunes.—En Ntra. Sra. de Gracia, á las ocho, misa cantada.

Jueves.—En las Capuchinas á las siete, misa de renovacion, y por la tarde trisagio.

ALICANTE:

Imprenta de Antonio Seva,
plaza del Progreso, n.º 5.